

DIOS HABITA ENTRE SU PUEBLO

En las Crónicas de Narnia, C S Lewis representa al Señor Jesucristo como un león llamado Aslán. Las niñas que lo ven por primera vez preguntan si es un león inofensivo, la respuesta que reciben es: “¿Quién dijo algo acerca de ser inofensivo? ¡Por supuesto que no lo es! Pero él es bueno, es el rey. Los niños que llegan a Narnia piensan que algo no puede ser bueno y terrible a la vez; pero cuando se acercan para ver la cara de Aslán y se ven reflejados en su sobrecogedora mirada descubren que no pueden seguir mirándole a los ojos y comienzan a temblar.

Esa misma confusión tienen muchos cristianos que creen que Dios en el Antiguo Testamento es diferente del que Jesús describe y representa en el Nuevo Testamento. Claramente la Biblia presenta a Dios lento para la ira y grande en perdonar, pero nunca la Biblia dice que la paciencia y benignidad del Señor anulan su juicio y castigo hacia todo pecado. Cuando las personas desean ver sólo a Dios benevolente pero no capaz de castigar, están modelando un nuevo becerro de oro.

En el capítulo que sigue al episodio del becerro de oro, Dios le ordena a Moisés seguir adelante hacia la tierra prometida, pero ya no habla de “su pueblo” ni quiere habitar en medio de ellos. Su argumento es que, debido a su dureza espiritual, su permanencia en medio de ellos los terminaría destruyendo por completo. Moisés, sin embargo, se niega a partir del desierto a menos que Dios los acompañe.

La presencia de Dios

Dios es omnipresente, pero en la ocasión que estamos estudiando, Moisés experimenta la presencia inmediata del Señor con ellos. Esa presencia es peligrosa cuando el ser humano minimiza la santidad de Dios. Los ejemplos bíblicos más conocidos son las acciones de Uzza (2 Sa 6:6-7) y de Ananías y Safira (Hch 5:1-11), también reconoce el profeta Jeremías de no ser por la misericordia de Dios, todo el pueblo habría perecido (Lm 3:22).

Moisés nos ayudará a reconocer que hay algo más terrible que estar en la presencia del Señor sin la cobertura de justicia que nos imputa Jesucristo, y es estar fuera de la presencia de Dios. De manera que, la presencia de Dios es peligrosa pero esencial para cada ser humano.

Dios disciplina a un pueblo no sumiso Ex 33:1-6

En la historia de Israel, la presencia de Dios fue una amenaza cuando su pueblo no supo ser sumiso a su voluntad. Los espías que trajeron un reporte negativo acerca de Jericó murieron en una plaga (Nm 14:36), Coré y su familia fueron tragados por la tierra por desobedecer la orden y subestimar la persona de Dios (Nm 16:31-33), en una nueva ocasión en la que el pueblo murmuró contra Dios, llegó la muerte por la mordida de serpientes (Nm 21:5-6), cuando se unieron en idolatría e inmoralidad con los moabitas, murieron 24,000 (Nm 25:1-9). Luego de 40 años en el desierto murió casi la totalidad de la población que salió de Egipto con excepción de Josué y Caleb.

Una ira santa

Hay un pensamiento humano que debemos desterrar cuando pensamos en la ira divina. Generalmente cuando nos enojamos y con razón, solemos reaccionar más allá de los límites; es por eso por lo que la

Biblia da dos consejos: “airaos, pero no pequéis” y también “dejen la venganza al Señor”. Las personas manifestamos ira o enojo de una forma pecaminosa. Jesús en cambio manifestó enojo e ira, pero sin pecar y su ejemplo es fundamental porque la motivación para reaccionar no fue la ofensa a su persona humana, sino la ofensa hacia la persona de Dios (los mercaderes del templo, los discípulos echando a los niños o con Pedro cuando éste le prohibió hablar de su muerte en la cruz). El último libro de la Biblia: Apocalipsis habla de la ira de Jesús utilizando una figura inimaginable en el mundo natural: la ira del Cordero. Esta refiere a los juicios finales de la historia humana por los cuales Dios tratará con todos aquellos que hayan ignorado, rechazado o ridiculizado su paciencia, benignidad y misericordia.

Pero Dios el Padre y el Hijo no manifiestan ira descontrolada ni pecaminosa, su perfecta santidad es justamente vindicada a través de sus juicios. Dios también es soberano en cuanto al tiempo y las formas en que ejerce sus juicios; no podemos penetrar su soberano designio y no estamos habilitados a explicar por qué hoy permite que sufran consecuencias ciertas personas inocentes mientras que otras impías y transgresoras no reciben un castigo equivalente. La Biblia nos abre apenas algunos ejemplos: el diluvio fue un juicio universal, el asedio a Jerusalén y la destrucción del templo fue un juicio nacional, la lepra de Uzías fue un juicio personal, todos los juicios sobre el pueblo en el desierto fueron disciplina del Señor, etc. Pero no podemos explicar por qué Dios fue tan duro con Uzías en cambio perdonó a Manasés el rey más idólatra de Judá.

Castigo punitivo y disciplina correctiva

Quizá la distinción debe hacerse entre castigo y disciplina. Puede que Dios deje vivir en paz a quienes no merecen salud ni larga vida por sus acciones, pero la Biblia enseña que todo pecado deberá ser sujeto al castigo divino. En esa sentencia hay dos posibles caminos: pagar uno mismo por sus pecados o confiar en Jesús quién ya pagó por ellos en la cruz. Habrá un día en el cual toda la humanidad será dividida de acuerdo con esta sentencia y sólo los creyentes serán aceptados delante de la presencia de Dios, el resto recibirá el justo juicio de una eternidad fuera de la presencia de Dios.

¿Y qué entendemos por disciplina? Es una acción divina que vuelca Dios sobre sus hijos para entrenarlos en el camino de justicia; toda disciplina es correctiva, no punitiva. En Ex 33:4-6 vemos la actitud de arrepentimiento del pueblo. El despojarse de sus ornamentos fue una forma visible de mostrar sumisión, luego entregarán esos ornamentos para la construcción del tabernáculo. Además, se lamentaron por su pecado (ver Mt 5:4). Nuestro pecado interrumpe nuestra comunión diaria y por ello el arrepentimiento genuino nos restablece para la adoración verdadera.

Dios da el privilegio de tener compañerismo personal Ex 33:7-11

En Ex 33:3 Dios ofrece la bendición de la tierra prometida, pero sin su presencia en medio de ellos. Algo similar solemos considerar como cristianos carnales: salud, trabajo, familia, paz, prosperidad, PERO sin comunión ni compañerismo diario con Dios. Moisés es distinto, él quiere conocer más íntimamente al Señor (ver 33:7-11). Dios permitió a pocos el privilegio de intimar en su presencia: Abraham, Moisés, Pablo, Pedro, Jacobo y Juan. Pero cuando Jesús cumplió su obra, el velo se rasgó y todos los creyentes tenemos en Él al mediador perfecto.

Cuando Dios habita en medio de su pueblo o en el caso de la iglesia en los creyentes por medio de su Espíritu, necesariamente hay una diferencia evidente entre quienes son suyos y quienes no. El drama de la Biblia comienza cuando Adán y Eva pecaron y fueron destituidos de la gloria de Dios. Ese drama

concluye cuando el Tabernáculo de Dios vuelve a estar en medio de todo su pueblo Ap 21:3. Mientras tanto, los creyentes compartimos la experiencia de la presencia del Señor en medio de la comunión de la iglesia (2 Co 7:1).

Dios privilegia con su presencia a aquellos que Él llama Ex 33:12-23

Hay un himno que se titula: Señor, tu me llamas por mi nombre. Así es la experiencia de cada creyente. Es un gran privilegio que Dios me conozca íntimamente y me llame a su comunión. Como Dios es soberano, Él sabe quiénes son suyos aún antes de que la persona tome conciencia de ello; por eso en la experiencia personal de aquellos que comprendieron este llamado hay un cambio de nombre: Abraham, Israel, Pedro, Pablo. En la iglesia hubo una tradición, cuando el creyente se bautizaba adoptaba un nuevo nombre; pero en la Biblia también los padres de los escogidos por Dios recibieron el encargo de ponerles el nombre que Dios ya les había designado: Juan, Jesús.

Pero que Dios me llame por mi nombre implica intimidad, requiere madurez para reconocer la limpieza diaria del Espíritu. Jn 14:23

Moisés se atrevió a pedirle al Señor tener el privilegio de verle. No fue para sacarse una duda personal sobre la real existencia de Dios, fue una necesidad fruto de su mayor conocimiento (Ex 33:12). Pablo también tuvo esa necesidad: Filipenses 3: ¹⁰ *Quiero conocer a Cristo y experimentar el gran poder que lo levantó de los muertos. ¡Quiero sufrir con él y participar de su muerte, ¹¹ para poder experimentar, de una u otra manera, la resurrección de los muertos!*

Conclusión

Experimentar la presencia de Dios nos ayudará a vivir más cuidadosamente en este mundo de corrupción y pecado. Un autor cristiano utilizó una ilustración para hacernos pensar acerca de cuán atentos estamos de la presencia del Señor en el día a día: Si tuvieras unas monedas en su bolsillo caminarías tranquilo y descuidado por una calle en una ciudad insegura, pero si llevaras una gran suma estarías atento a tu alrededor mientras caminas. Del mismo modo, estar atentos a la presencia de Dios nos alertaría contra el pecado y la tentación constantes. David suplicó volver a tener esa sensibilidad en el Salmo 51:11

Recordemos: Dios es bueno, pero es temible cuando pecamos sin sensibilidad.